

Cementerio Club

La edificación de las columnas.

Nítidamente arduo, bien se sabe, el trabajo empeñado en la edificación de las columnas pervive sumiso y obstinado sostenido por la dogmática ilusión de estar llamado a sostener algo. Estén estas en la drástica verticalidad del reino de lo establecido o en el sugerente cúmulo de sospechas sobre la tersura de la página en blanco, sus dimensiones se encuentran y entrecruzan en un furtivo intercambio de disquisiciones Mutatis Mutandis al oído de un viento punitivo que, subrepticamente no ha dejado nunca de correr.

Mármol y papel hermanados en la susceptibilidad de un estoico destino, la posibilidad de derrumbe no sin un mínimo de estrépito, la condición (des)estabilizadora de lo deseado y la gratuidad flotante de una empresa pecando de megalomanía.

He aquí que un cúmulo de fosforescencias, aturridos restos de la parranda, son traídos a colación (otra travesura de duende), con ínclita medida de destajo.

Cementerio, columnas, columbario, elementos hipotéticos de futuros silogismos. Basa, fuste y capitel, un emperador romano, un músico de rock calibrando la tesura del tercer milenio y la insospechada comunión en este tiempo - espacio aturrido por el son estrepitoso de la inversa metáfora de la agonía: el carnaval inminente.

Cuando el flaco Spinetta grabó su Artaud en el 68, azuzaba un Pescado Rabioso con Pomo y Machi desde la certeza de que «todas las hojas son del viento», hasta le repulsiva constatación de «las habladurías del mundo», no sin antes detenerse en la fundación de un Cementerio Club, dejando establecido que además de estar solo y triste, haría calor en verano.

Nada más alejado de los cementerios o columbarios, pero también solo y triste, acaso por eso mismo, el emperador Marco Ulpio Trajano ordenó la construcción de una columna (en este caso conmemorativa a la guerra de Dacia) en el año 112, para depositar sus cenizas cubiertas de oro en lo alto, a prudente distancia de la infecta realidad cundida de cristianos, garantizando así la instauración de un coto vedado y un plácido reposo más cercano a la mierda de las palomas que al meo de los perros (gráfica elocuencia de épocas donde los más sutiles conceptos podían ser transmitidos en función y obediencia a los mismos objetos a los que se referían).

Distancias, alturas, reflejos o transformaciones puedan acaso encararse y comprenderse desde el oscuro reducto asociado a la muerte. Un cementerio. Ni de elefantes ni aun de esperanzas, como indiscutible territorio de movimientos y devenir propio, casi diríamos absoluto.

Quede entonces desde hoy al descubierto, con imagen de Escher y epitafio de Nicanor Parra, por poner los primeros ejemplos, este Cementerio Club.

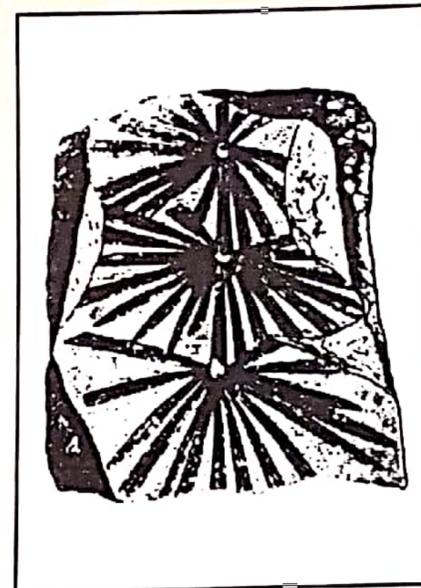
Los pájaros de Aristófanes
Enterraban en sus propias cabezas
Los cadáveres de sus padres
(Cada pájaro era un verdadero cementerio volante)
A mi modo de ver
Ha llegado la hora de modernizar esta ceremonia
¡Y yo entierro mis plumas en la cabeza de los señores lectores!

Por último, agradecimientos ya obligados pero sinceros a los nombres consabidos. Tiempo, espacio, salud y vida en este Club, como quien diserta frente al despiadado espejo, con una copa en la mano y un perplejo vacío sostenido en la otra.

No estoy atado a ningún sueño ya
Las habladurías del mundo
No pueden atraparnos
Nena
Que calor hará sin vos en verano.

Benjamín Chávez C.

Submundo de las enanas



Dice Swift, por boca de Gulliver, y en el capítulo II del primer viaje a Lilliput, que cuando por primera vez logró incorporarse, liberado en parte de las cadenas y cordajes con que lo habían maniatado sus minúsculos captores, pudo echar una primera mirada al paisaje del país, desde su elevada estatura, y descubrir que la ciudad entera era una especie de continuo jardín, con plazas no mayores de cuarenta pies cuadrados de superficie, que parecían grandes lechos floridos y cuyos árboles no alcanzaban tallas mayores de siete pies de altura. Aquello parecía, concluye, "like the painted scene of a city in a theatre".

No sólo eran enanos los habitantes de Lilliput, lo eran también la flora y la fauna, la naturaleza terrestre y acuática del lugar. No era un mundo de enanos, sino un mundo armónicamente enano en su conjunto.

Simplemente, se adelantaba Swift unos dos siglos a los descubridores científicos de los inframundos microscópicos y atómicos de los que ya tienen hoy noticia los escolares del nivel más elemental. Pero Swift, poeta y visionario, iba más lejos que los físicos del siglo XX, como de algún modo lo hizo también ese otro imaginero algo mecánico, H.G. Wells (de quien Borges ha aceptado ser deudor), cuando escribió su cuento *El increíble acelerador* y muchas largas obras narrativas, madres y pioneras de la ciencia y la ficción posteriores.

Ya sabemos hace tiempo que el universo no es redondo, ni cuadrado, ni elíptico. Nos abruma también que sea infinito hacia arriba y hacia abajo, y que su incomprensible realidad contradictoria (ni comenzó ni tiene fin), consterne y humille los alcances racionales de nuestra humana subjetividad.

Pero ¿de qué manera es infinito bajo nuestros pies y por encima de nosotros?, ¿cuáles formas adoptan en su octava, su dimensión vigésima esos supramundos y submundos?

Un Para-paracelso contemporáneo (superior a Paracelso, que ya pretendía ser superior al otro), afirma que ha encontrado la respuesta:

Bajo el mundo microscópico y atómico, vuelve a manifestarse un mundo como el nuestro, en el que viven plantas, animales, y en el que se desenvuelven, matan, angustian y sueñan seres racionales como nosotros. Hay Lilliputs preatómicos; un portón sería una estrella gigante en esa oquedad celeste infinitesimalmente pigmeica.

No hay otro mundo enano bajo el nuestro, sino infinitos mundos similares al nuestro en el cuerpo de cada persona particular, como infinitos mundos exclusivamente zoológicos en el cuerpo de cada bestia. De igual modo, en los particulares cuerpos vivos de esos submundos, alientan invisibles otros innumerables universos, conformados por átomos enanos y regidos acaso, tal vez creados cada uno de ellos, por también singulares y exclusivos dioses enanos.

Así, cuando se creman, en vez de sepultarse como Dios manda, los restos de un difunto (hoy se acostumbra hacerlo por comodidad y falta de espacio en los panteones de las grandes urbes), se extinguen con el cadáver millones de millones de universos enanos, de incognoscibles culturas y sociedades, tal vez muy superiores a las nuestras.



el duende

SUPLEMENTO DE LA CULTURA ORUREÑA

DIRECTOR: Luis Urqueta Molleda
CONSEJO EDITOR: Alberto Guerra Gutiérrez
Edwin Guzmán Ortiz
Benjamín Chávez Camacho
Erasmus Zarzuela C.

COORDINACION: Julia Guadalupe García Ortega.

Casilla 448. Telfs. 54855 - 76816

Zona Franca Oruro, con nuestra cultura

Eduardo Lizalde
De "Manual de Flora
Fantástica"